

cia admirada de los abogados noveles y del público, viósele de improviso llevar la mano á su frente, como para retener sus ideas que se le escapaban, y enseguida desplomarse pesadamente.

Grande fue la conmocion en la Sala.

Suspendióse la sesion y corrióse en busca de un médico.

Afortunadamente pudo encontrarse en su casa, calle Newton, á un hombre de talento, el doctor H..., quien acudió presuroso á la Audiencia y constató una apoplejía que presentaba algun riesgo, pero que podia no tener graves consecuencias.

Despues de un reposo de un par de horas y de asíduos cuidados, el jóven Procurador imperial fue trasportado á su domicilio, donde habíanse dispuesto preparativos para recibirle.

—Sobre todo, reposo absoluto, dijo el doctor á Diana y á la señora d'Aubier, madre, que le interrogaban con ansiedad, cuando, despues de haber acostado por sí mismo al enfermo y colocado junto á él á un enfermero, se reunió á ellas en el salon.

—¿No puedo cuidarle yo? preguntó la madre de Luciano.

—Por de pronto, ni vos, ni la señora, respondió el doctor.

rosa del cerebro, y las frecuentes enfermedades del aparato *genito urinario*: en la mujer, la *leucorrea*, la *ninfomanía*, la *esterilidad*, las *hemorragias*, el *cáncer del útero*; y en el hombre: la *satiriasis*, y la *impotencia*; en ambos sexos, la incontinencia de orina, la *cistitis*, la *nefritis* y todas las formas de la *sífilis*...

Fácil es comprender la impresion que producen los excesos del libertinaje en el sistema nervioso y en la inteligencia, si tenemos en cuenta la escitacion permanente y los pensamientos habituales que ocupan todos los instantes del disoluto; así es que originan muchas veces la *epilepsia*, el *baile de san Vito*, las *convulsiones*, las *aberraciones* de la vista y del oido, la *locura*, el *idiotismo*, la *melancolía suicida*; en una palabra: la mas completa degradacion física y moral.»

La popularizacion de estas verdades, por desgracia tan desatendidas en nuestra época de vida nerviosa, ha sido siempre el fin que ha guiado nuestra poco aliñada pluma, y el que ha presidido á la redaccion de nuestras obras, coronadas por el público favor. Así nos hemos esforzado en difundirlas en: *Los peligros del amor, de la lujuria y del libertinaje*;— *Fisiología de la noche de bodas*;— *Historia de la generacion*;— *Estravíos secretos*;— y *Onanismo conyugal*.

A ellas remitimos á nuestros lectores, y ¡ojalá sus páginas arranquen á mas de un iluso, de la senda ponzoñosa que fatalmente arrastra el desenfreno de la pasion sexual!
(N. del T.)

Hay que evitarle toda emocion, y hasta diré que toda impresion. Permaneced en esta estancia, prontas á acudir en ayuda del enfermero, pero sobre todo, no entrar, lo prohibo espresamente.

La señora d'Aubier y Diana obedecieron.

Instaláronse en el salon, sin salir de él durante varios dias.

Aquella era la vez primera que se encontraban las dos viviendo en una especie de intimidad.

Hasta entonces habíanse hecho mutuamente visitas de pura conveniencia, justamente la que era menester para ocultar al mundo la poquísima simpatía que sentian una por otra.

Actualmente el dolor, el temor las reunian, pero las dos continuaban manteniéndose á la defensiva.

Tal vez la señora d'Aubier, madre, á consecuencia de ciertas observaciones y guiada por ese instinto maternal que nunca se engaña, hacia á Diana responsable de la enfermedad de su hijo.

Tal vez tambien esta última tenia conciencia de su indignidad y no osaba aproximarse á la madre de Luciano.

Una vez sola hubo entre ellas una especie de contacto, ó cuando menos, de comunidad de pensamientos.

Acababa el doctor de salir de la alcoba del enfermo, y mientras, siguiendo su costumbre, las dos mujeres le acompañaban hasta la puerta interrogándole:

—Hoy no estoy muy contento, dijo. Ignoro lo que habrá pasado, pero el enfermo debe haber experimentado una de esas emociones que tanto empeño tengo en evitarle.

Era Diana la que habia originado tal complicacion; mas guardóse mucho de confesarlo.

Atormentada por el deseo de ver á Luciano, habíase aprovechado, la noche anterior, del momento en que su suegra, rendidas sus fuerzas, descansaba un instante, para aparecer en el umbral del cuarto del enfermo.

Este habia abierto los ojos, la habia visto y se habia estremecido.

Tal emocion habia bastado para agravar su estado.

Apenas vueltas al salon, despues de la declaracion del doctor, la señora de Aubier madre, desolada por lo que acababa de oir, y esperando encontrar en la oracion un calmante á su dolor, arrodillóse de repente y elevó su alma á Dios.

Diana la contempló al principio con asombro.

No comprendia que se pudiese así, súbitamente, sentir la necesidad de orar en un aposento cualquiera, como se oraria en la iglesia.

Poco á poco, sin embargo, arrastrada por el ejemplo, ó dominada por algun recuerdo de su infancia, inclinóse, dobló las rodillas y acabó por prosternarse tambien.

¿Qué plegaria osó dirigir á Dios?

¿En qué términos le habló?

¿Qué espresiones pudo encontrar aquella conciencia perturbada?

¿Humillóse tan sólo?

¿Pidió perdon de sus errores y de sus crímenes?

¿O bien osó rogar, rogar por Luciano, por su curacion, para que le fuese devuelto á su amor?

¿Quién sabe?

Tal vez su plegaria fue grata al Señor, y el Señor se compadeció de tan grande pecadora.

Podria pensarse que así fue.

Cuando ella se levantó, despues de haber permanecido arrodillada mas de una hora, su rostro estaba bañado en llanto.

La señora d'Aubier que, desde hacia largo rato, la contemplaba, conmovióse á tanto dolor.

Dió un paso hácia su nuera, é iba tal vez á tenderle la mano, cuando Diana, adivinando su intencion, huyó como despavorida, yendo á refugiarse en un ángulo del salon.

Pronto el estado de Luciano mejoró.

Pronto el doctor permitió á su madre y á su mujer que reemplazaran al enfermero.

La primera usó ámpliamente de la autorizacion, instalándose en el cuarto del enfermo hasta su completo restablecimiento.

Por su parte Diana, recordando sin duda la impresion que produjo, mostróse mas discreta y solo hizo á Luciano cortas visitas.

Pero continuaba velándole, con una solicitud de todos los instantes y sin ausentarse ni un momento de la casa.

El castillo de la Sauviniere no la habia vuelto á ver ni una sola vez despues del accidente de Luciano.

Desafiando los furores de Lamí, habíase contentado Diana en contestar á su última llamada: «Mi marido está enfermo de gravedad. Todo me ordena permanecer junto á él, y no le abandonaré. Haced lo que gustéis. Poco me importa.»

El intendente, no pudiendo poner en tela de juicio una enfermedad de que se habian ocupado todos los periódicos del departamento, consiguió dominar sus impaciencias y esperó á mejores dias.

Luciano estaba en plena convalescencia, y, sin embargo, aun cuando habia triunfado del mal y no temia ya ningun accidente funesto, no parecia el doctor enteramente complacido del estado de su cliente.

Al prefecto, que le pidiera noticias de Luciano, habíale contestado:

—Curado está de la enfermedad que tanto nos ha inquietado; pero, antes de asegurar que no se producirá ningun nuevo ataque, quisiera conocer las causas del primero y destruirlas si en mi poder está.

—No puede haber mas causas, hizo observar el prefecto, que un trabajo por demás excesivo. Nuestro querido Procurador imperial se ha, lo que se llama, estropeado. Usad de vuestra au-

toridad para con él, doctor, á fin de que se cuide algo mas, y así podamos conservarle largo tiempo.

«Sí el trabajo, decía para sí el doctor H..., si hasta, démoslo por sentado, las fatigas corporales hubiesen acarreado esta enfermedad, como piensa el Prefecto y como todo el mundo cree, mi cliente se restablecería con mas rapidez. Le he condenado á un reposo absoluto, tengo la prueba de que me obedece y á su edad, con su vigor, el mal hubiera desaparecido há largo tiempo, con la causa. Por fuerza hay de por medio algun misterio que jamás me será dado penetrar. Los enfermos nos confían su pulso, nos permiten auscultarles; pero se niegan á abrirnos su corazon, y precisamente este es el órgano que mas á menudo nos convendría conocer.

Razon de sobras tenia el doctor H...

La parte moral de su cliente era la que se hallaba afectada gravemente.

Con la salud, el recuerdo habíale ido volviendo poco á poco.

Actualmente encontrábase cara á cara con todo el horror de su situación, y ya no se sentía con fuerzas ni con el valor necesario para combatir, como antes, su pensamiento, y anona darlo.

Recostado, en su salon, sobre un canapé, no teniendo ni siquiera, á mano, sus libros predilectos, puesto que, por orden superior, se les habia hecho desaparecer, érale fuerza pensar mucho, érale preciso mucho sufrir.

Diana, ya lo hemos visto, evitaba imponerle su presencia; pero, sus cortas apariciones eran aun todavía demasiado frecuentes para aquel alma enferma y débil.

Cuando se aproximaba á él, no podia Luciano evitar cierta aprension, cierto terror.

Su vista le recordaba aquellas escenas lúbricas en que antaño se habia mancillado y que actualmente le horrorizaban.

Temblaba como un niño al pensar que aquella cortesana,

aprovechándose hoy de su debilidad, como antes se aprovechara de su desesperacion, pensaba todavía marchitarle con sus caricias.

A veces, su imaginación sobrescitada por la fiebre, le arrastraba mas allá.

Parecíale entonces que en vez de ser el segundo marido de Diana, era el primero; que no se llamaba Luciano d'Aubier, sino de Sery, y cuando su mujer se le acercaba, decíase horripilándose: viene á rematarme!

Un dia, el doctor, encontrando á Luciano mas nervioso, mas agitado que de costumbre, le habia ordenado una pocion calmante, para tomar una cucharada por hora.

Preparóla la señora d'Aubier madre, pero no siendo llegado todavía el momento de administrarla y viéndose precisada á salir por algunos quehaceres, suplicó á su nuera que la reemplazara junto al enfermo.

Á la hora señalada entró Diana en el salon donde se hallaba Luciano, y aproximóse á él, con una taza en la mano.

Vióla él venir y púsose á contemplarla con sorprendente fijeza.

Cuando hubo llegado junto á sí, alargó vivamente la mano á la taza y dijo:

—«Habeis puesto toda la dosis ¿verdad?... los tres paquetes de arsénico están ahí. Voy á morir... Gracias... Adios.»

Y bebió con avidez, mientras Diana, anonadada por tan terrible castigo, caía desvanecida.

Sin embargo, á medida que sus fuerzas renacían, iba Luciano tranquilizándose progresivamente y no sucumbía ya á esos terrores enfermizos.

Comprendía que no tenia que temer nada de aquella mujer, la cual tal vez sufría tanto como él.

Pero entonces, su espíritu siempre inquieto, abordaba un nuevo orden de ideas:

«Eres mi cómplice, le habia dicho ella; lo probaré cuando llegue el caso.»

Y estas palabras acudíanle sin cesar á la memoria.

«Tiene razon, decia él, soy su cómplice, sí; no tal como quisiera ella darlo á entender á los jueces, pues que yo no he participado materialmente en el crimen, pues que yo no le entregué el veneno, sino que ella me lo tomó, y se sirvió de él, porque obedecia al amor fatal que yo habia hecho nacer, que yo habia alentado. A haber escuchado yo los cuerdos consejos de mi madre, y renunciando francamente á este matrimonio, el señor de Sery viviria aun. «Dadme tres años, me decia ella, jurad que me esperareis tres años,» y yo osé hacer tan funesto juramento, sin comprender que me asociaba á sus designios y que me hacia cómplice de los delitos que ella pudiese cometer... Tan culpable soy yo como ella, y hago mal en despreciarla.»

A veces conseguia vencer sus remordimientos, y arrojar lejos de sí las ideas que le torturaban.

Entonces evocaba la graciosa amiga de su juventud, y cuando esta se dignaba aparecersele, gozaba un momento de reposo, santificábase en la honestidad y se purificaba de todas sus mancillas.

Pero ni la misma María Berthauld podia aportar la calma absoluta en aquel alma perturbada.

Al placer de verla, uníase el pesar de hallarse separado para siempre de ella, y de decirse que era menester renunciar á aquellas dulces horas tan plácidamente deslizadas en la linda casita de Saint-Nazaire, al lado de la adorable mujer que la habitaba.

Uníase tambien el remordimiento de haber pasado por junto á esta felicidad sin verla, sin haberse parado; de haber preferido, á la que hubiera podido darle una tan hechicera existencia, la mujer que le habia hecho tan miserable y que le mataba.

Estas diversas causas impedían el completo restablecimiento de Luciano, y el doctor H..., á pesar de su reputacion, empeñábase, en vano, en buscarlas.

A lo menos, ya que la parte moral se escapaba á su análisis, quiso el concienzudo doctor prodigar á su cliente todos los cuidados materiales que su estado reclamaba.

Persuadido de que el cambio de aires pudiese fortificar al enfermo, y de que una permanencia de algunas semanas en el campo influiria ventajosamente sobre su demasiado lenta convalescencia, manifestó una mañana, en presencia de Diana y de la señora d'Aubier, el deseo de ver á Luciano alejarse por algun tiempo de Nantes.

—¡Bah! ¿y para qué? dijo éste con desaliento.

—Vos no sois juez en la cuestion, querido señor, replicó el doctor con autoridad. Me llamásteis para curaros y os prescribo lo que mi esperiencia me sugiere. Libre sois, si tal os place, de no oirme, pero cuento con las dos señoras para decidiros. El campo os es necesario, hasta diré que indispensable, y deseo que os trasladeis á él cuanto antes. Estamos solo á principios de setiembre; teneis, pues, un par de meses que podeis muy bien utilizar,

—Razon tiene el doctor, hay que partir sin demora, dijo la señora d'Aubier.

Ruégote, mi Luciano, que accedas.

—Sea como gustéis, contestó él, mirándola con ternura.

—Ya lo veis, doctor, se os obedecerá. Pero ¿á dónde nos aconsejais dirigirnos? ¿á la costa, tal vez?

—Nó; la estacion está demasiado avanzada, y los aires de mar son demasiado vivos para un convaleciente. Preferiria la campiña, la verdadera campiña. Pero, ahora caigo, añadió dirigiéndose á Luciano, ¿no teneis, justamente, una propiedad cerca de Poimboeuf, la Sauviniere, segun creo?

—Esa propiedad es de mi mujer, dijo el enfermo.

—¿Por ventura no dá lo mismo? Es menester que os instaleis allá, cuanto antes.

—Permitidme observaros, doctor, interrumpió Diana, que si temeis los aires de mar para vuestro enfermo, la Sauviniere no se halla muy lejos de la costa.

—Está á lo menos á tres leguas; conozco perfectamente su topografía. A esa distancia, el aire ha perdido su demasiada fuerza y conserva ciertas propiedades que han de ser saludables para vuestro marido.

—¡Convenido! dijo la señora d'Aubier; iremos á instalarnos en la Sauviniere, digo, si mi nuera consiente en darme hospitalidad en sus dominios, hasta el completo restablecimiento de mi hijo.

—¡Oh! señora, exclamó Diana, ¡y cómo no! Pero, añadió, la proximidad del Loire hace muy húmeda mi casa, cuando llega el otoño. ¿No valdria mas arrendar una casa de campo, mas apartada del mar?

—Es inútil, dijo el doctor levantándose. La Sauviniere os conviene bajo todos conceptos y espero veros instalados en ella á los tres mañana, ó lo mas tarde, pasado. No hay tiempo que perder.

Difícil le hubiera sido á Diana, en presencia de una opinion tan esplicitamente formulada, hacer nuevas objeciones; contaba empero con Luciano, quien, sin la menor duda, despues de la partida del doctor, se pronunciaría contra la Sauviniere.

Sin embargo no fue así.

Luciano declaró, desde que su madre volvió á ocuparse de este asunto, que estaba dispuesto á seguirla á donde tuviera á bien.

La señora d'Aubier decidió, pues, el viaje, y Diana, só pretexto de ir á presidir á la instalacion de sus huéspedes, partió en el acto para preparar á Lamí á la próxima llegada de su marido.

Durante el camino, no cesó de preguntarse como Luciano habia podido consentir tan fácilmente en trasladarse á la Sauviniere.

¿Estaba, quizá, mas enfermo de lo que se creía; y perdía por momentos el recuerdo de lo pasado?

No, Luciano no habia olvidado nada, desgraciadamente para él, y esta era precisamente la razon que le inducia á querer habitar en la propiedad de su mujer.

Asediado por sus remordimientos, pensaba que su castigo seria mas cómpete el dia en que se encontrase en el mismo teatro del crimen.

Condenábase voluntariamente á ver los sitios en que, á causa de él y por él, el señor de Sery habia muerto tan miserablemente.

Creía así espiar esa complicidad que en su febril delirio se reprochaba sin cesar.

Tal vez esperaba tambien que la permanencia en la Sauviniere le seria tan funesta como al señor de Sery, y que no tardaría en ir á reunirse con él en la tumba.

Cuando Diana entró en su castillo, no habia adivinado aun esos diversos pensamientos.

Actualmente, no tenia ya tiempo ni espacio para pensar en ellos; convenia engañar artificiosamente á Lamí, lo cual distaba mucho de ser empeño fácil.

El intendente no habia acudido, como de costumbre, á su encuentro, cuando el carruaje habia franqueado el puente levadizo.

Creyó Diana que estaria en el parque ó en los campos y ordenó á un mozo de labranza que fuese á prevenirle.

—El señor intendente está en su despacho, respondió este. Lamí, en la actualidad, tenia un despacho.

No teniendo Diana tiempo que perder, apresuróse á ir á encontrar á su intendente.

—¿Así es como acudís á recibirme? preguntóle.

—Hace tanto tiempo que no os he visto, respondió Lamí con acento regañon, que ya no sé reconocer el ruido de vuestro coche.

—No me ha sido posible venir antes, dijo ella, y ya os escribí el por qué.

—¡Bah! ¡si hubieseis querido, bien hubierais podido encontrar un momento!

—Un momento, es posible, pero para venir aquí se necesita todo un día.

—Y no merezco que por mí se pierda un día entero ¿no es verdad?

—Mil veces os he dado pruebas de lo contrario. Pero esta vez os lo repito, no podía; el señor d'Aubier estaba demasiado grave.

—Por fortuna vuestra, dijo insolentemente Lamí, supe la certeza de esa enfermedad por los periódicos, que á no ser así...

Habituada á las amenazas de su amante, desdeñó castigar esta: además, tenia demasiada prisa en llegar á su objeto, para fijarse en detalles.

Lamí, que hasta aquel momento habia afectado no mirarla, fijó los ojos en ella en el momento en que se quitaba los guantes y ponía en órden su peinado, descompuesto durante el viaje, y adelantándose hácia ella bruscamente, dijo:

—¿Cómo sigue actualmentê?

—¿Quién?

—¡Vuestro marido!

—Está muy enfermo todavía.

Dió dos pasos mas, agarróle ambas manos y mirándola en el blanco de los ojos:

—Si muere como el otro, dijo brutalmente, ¿te casarás conmigo esta vez?

Ella se estremeció, púsose lívida y no contestó.

—¿Responderás? rugió él.

Y viendo que Diana no despegaba los labios, añadió furioso:

—¡No me habia engañado! ¡le amas!

—¡Ea! os he dicho ya mil veces que no, exclamó ella con enojo, desprendiéndose de sus manos.

—Si no le amases, no hubieras permanecido dos meses seguidos junto á su cabecera. Dices que el deber te retenia. Si así es ¿qué haces en la Sauviniere? ¿no acabas de asegurarme que continúa grave? Dentro de algunas horas regresarás junto á él ¿cuánto tiempo pasarás aun sin volverme á ver?

—Os veré hoy, mañana, pasado mañana y quizá largo tiempo, si quereis aveniros á razones.

—¿Qué dices? exclamó, radiante el rostro de alegría... ¡oh! no te burles de mí... Soy exigente, grosero, brutal, no lo niego; pero te amo, te amo tanto! ¡vienes á establecerte aquí y no me abandonarás mas!

—Durante un mes, dos meses, quizá tres, respondió ella.

—¡Ah! ¡qué ventura!... Y á él, le abandonarás?

—No... pero él está enfermo, muy enfermo, como sabeis; los médicos le han ordenado respirar los aires del campo, y le traemos aquí.

—¡Él! exclamó violentamente Lamí; ¡él aquí! ¡nunca!

—Y ¿por qué?

—No quiero verle; ya te lo he dicho; no lo quiero!

—En tal caso, idos, atrevióse á decir ella.

—¡Yo,irme yo y cederle mi sitio! rugió furioso ¡vaya! ¡vaya! veo que no me conoces ¡irme yo! ¡dejarte sola con él, en esta casa donde te he amado... ¡en esta casa que pertenece esclusivamente á nuestros amores! ¡nunca!... ¡primero le mataría!...

—Siendo así, me voy cuanto antes, dijo ella tranquilamente, á fin de buscar á pocas leguas de Nantes, una casa de campo donde pasar el otoño.

Y cogió la capa de viaje que dejara sobre el sofá.

Abalanzóse á ella Lamí, le arrancó la capa de las manos, y exclamó:

—¿Te has propuesto sacarme de mis casillas?

—¡Cómo, sacarte de tus casillas! ¡no comprendo! Vengo gozosa á anunciarte que por vez primera, desde tres años acá, voy á vivir en esta casa, junto á tí; te opones y dices que soy yo quien te exaspero! En verdad, nunca creyera tanta injusticia, continuó colérica, para hacer creer á Lamí que estaba enojadísima por su conducta. Los médicos habian ordenado el aire del campo. ¿Quién nos impedia alquilar una casita no lejos de Nantes? Pero así yo no hubiera podido verte, y habria pasado separada de tí seis semanas ó dos meses. Entonces ocurrióseme la idea de decidir á mi suegra y á mi esposo á que viniesen aquí. Trabajo y no poco me ha costado vencer su resistencia. He triunfado, por fin... ¡y eres tú quien te quejas! ¡ah! si se tratara de traer á un marido válido, en buena salud y muy amado, aun comprenderia tu oposicion. Pero, mañana le verás, y si aun despues estás celoso de él, será porque te empeñas en ello. Por lo demás, ¿á qué contarte esto? ¡no quieres que venga! ¡está bien; no vendrá! Déjame cuando menos marcharme, para que no se ponga en camino. Presidiré á su instalacion en los alrededores de Nantes y me apresuraré á dedicarte una visitilla, tan luego como tenga un momento mio, de aquí á dos ó tres semanas.

Estas palabras, afables á la par que firmes, y en que, junto á la amenaza traslucianse voluptuosas promesas, produjeron en Lamí el efecto previsto por Diana.

Éste no tardó en considerar con mayor calma su situacion, y en mirar como posible la llegada de Luciano á la Sauviniere.

Solo que, si Diana era habil, éralo tambien él á su manera y no debia rendirse, sino despues de haber impuesto condiciones.

— ¡ Bueno! dijo él despues de un rato de reflexion. Supongamos que vuestro marido se instala aquí. ¿Qué género de vida

haréis los dos? Esplicadme eso, á fin de que pueda formarme yo una idea de la cosa.

—Nuestro método de vida será de los mas simples. Mi marido pasará la mayor parte del dia en la cama, ó recostado en un sofá del salon. Si el tiempo es bueno, tal vez se le trasporte al sol, en el parque.

—¿Dónde comerá? ¿en la mesa, ó en su cuarto?

—En su cuarto, durante algunos dias; en la mesa, cuando vaya recobrando las fuerzas, suponiendo que las recobre... Pero eso no os impedirá...

—Nó, exclamó él interrumpiéndola. Únicamente estaré molesto. Volveré á instalarme en mi aposento de antes... en el alai izquierda... ¿Y él? ¿dónde dormirá?

—He pensado que en la alcoba azul.

—¿Y vos?

—Yo, ocuparé mi cuarto de siempre.

—Nó, eso si que nó; vuestro cuarto estaria demasiado cerca del suyo. Vivireis en el extremo opuesto.

—Bueno. No veo obstáculo en ello. ¿Qué mas condiciones teneis que dictarme todavia, señor mi dueño, preguntó ella aproximándose á él y cubriéndole con una voluptuosa mirada, destinada á vencer sus últimas resistencias.

Él le tomó las manos, y estrechándolas en una de las suyas:

—Júrame, dijo, que todas las noches, todas, ¿oyes? vendrás á pasarlas conmigo.

—¡ Oh! exclamó ella.

—Pues no hay mas.

—Pero ¿no reflexionas que mi suegra y mis criados van á vivir aquí? ¿Cómo quieres tú que cada noche salga yo de mi cuarto, baje la escalera y atraviere todos los corredores del castillo? Vamos, sé razonable.

—Si me amaras, dijo él rechazándola, eso te apuraria muy poco. ¿Por ventura eres mujer que repares en tales pequeñeces?